

llequier y de la reina Catalina se levantaron molidos y maltrechos mirando en torno suyo, pudieron darse cuenta, con el natural estupor de la desaparición simultánea de los endiablados jinetes y del último ahorcado.

En cambio, bajo la cuerda cortada, y entre el perro muerto llevado allí desde Vincennes y el mulo de largas orejas dormido de cansancio, veíase el cuerpo de un desconocido que nadie sabía cómo llegara hasta allí. Era el cuerpo de Jonás, atado y amordazado, quien había cedido á Matraca su sitio en el cuello de Djaulia.

Y como para cumplir con su deber, los exentos, arqueros y gendarmes estaban en la obligación de ahorcar al prisionero que ellos hicieran, apoderáronse sin dificultad, puesto que estaba atado, del barbero estufista, y lo colgaron bonitamente.

De este modo el gran Jonás pagó por el ausente y ganó el cielo, ó por lo menos tomó el camino del mismo balanceándose al extremo de una cuerda.

X

EL MURO QUE ZUMBA

Acaban de sonar las tres de la tarde. Comenzaba el final de aquel día que fuera testigo de tantos acontecimientos casi simultáneos; la refriega de la calle del Pie del Diablo, el encuentro de Sed de Amor, Reinalda y Cortomontel en casa del maestro La Fraicheur, el regreso del gran marqués á su hotel coincidiendo con el de Gaultfarault á la Corte de los milagros, y por último el extraordinario raptó de Montfaucon del que el lector acaba de enterarse.

La marquesa María de Villanueva-Marsán se encontraba sola en la cámara misma en que la vimos rezar durante toda la noche primera de su llegada á París. Acababa de despertarse, tras un breve y agitado sueño, y recostada en el lecho hacía esfuerzos por calmar la agitación de su espíritu.

Cuando desde la ventana de su habitación pudo presenciar la llegada de su noble y desgraciado esposo,

hubo de decirse que el primer cuidado de éste sería el de subir á saludarla.

En vano habíalo esperado. ¿Cómo era posible que el cautiverio pudiera cambiar tan radicalmente á un hombre, trocando en insultante indiferencia el amor del que fué en un tiempo el más caballeresco de los leales esposos? ¿Cómo había podido transformar en un vulgar epicúreo, adorador de las delicias de la mesa al que algunos años antes desdeñaba las concesiones necesarias á las debilidades de la naturaleza, al que sólo tenía un ideal, la belleza y un amor único, su mujer!

¡Horror! ¿Cómo había podido pasar el marqués indiferente por delante de sus criados sin inquietarse ni preguntar por los suyos, por su mujer, el amor, antes, de sus amores, ni por su hija, carne de su carne, acordándose tan sólo de su apetito y exigiendo perentoriamente que se le procurasen los medios de satisfacerlo?

Luego... sin duda habíase retirado á sus habitaciones y héchose servir por Cortansio.

Examinaba mentalmente la marquesa la extraña, la inexplicable actitud de su marido, y una duda, cruel, lancinante se insinuaba en los repliegues de su alma noble.

— Ese hombre — pensaba — me fascina y me causa miedo. ¡Miedo! ¡Señor, Señor! ¿Es acaso que mi razón zozobra? ¡Renegar de ese hombre, de mi marido, de un santo mártir fuera horrible, horrible! Y sin embargo...

Con nervioso movimiento tiró del cordón de una campanilla, presentándose enseguida en la habitación

la vieja Francisca, quien debía hallarse no lejos de allí, en el corredor sin duda del primer piso, esperando que la llamasen.

— ¡Día grande el de hoy, noble dama, — exclamó con volubilidad. — Los días buenos, como los malos, se suceden en número, y la casa de Villanueva deja al fin el duelo para vivir la serie de los días felices... Acabado el destierro, acabada la prisión; nuestras amas queridas están ya en París, nuestro amo venerado adquiere la amistad del rey, y... ¿no sabéis lo mejor, noble dama? Pues parece ser que nuestra alegría, nuestra Solange ha causado gran impresión al más poderoso de los señores de la corte... ¡Será un gran casamiento! Porque se habla de casarlos...

— ¡Ya! — exclamó la marquesa con sonrisa tristísima. — ¿Y quién habla de tal cosa?

— Vuestra nueva gobernanta inglesa, señora.

— ¿Miss Huming? Es cierto. ¡Quién sino ella puede estar al corriente!... Y dime, ¿se nombra al pretendiente?

— ¡Ya lo creo! Hermoso nombre, á fe mía, por el que siempre tuvo grande amistad el señor de Villanueva... ¡Un Saboya-Nemours!

La marquesa María tuvo un movimiento de sorpresa y pasó la mano por su frente.

— ¡Saboya-Nemours! — repitió á media voz. — ¿Quién tiene el derecho de llamarse así? Solo el hijo de Blanca; pero ni él ni su madre existen puesto que hace diez y nueve años que nadie ha oído hablar de ellos... Entonces, ¿cómo es posible?...

Las dudas que atormentaban á la señora de Villanueva se reprodujeron más agudas; presentía vagamente la existencia de engaños y de tramas maquiavélicas que no le era posible precisar. ¿Cómo podía permitirse nadie publicar la noticia de un próximo enlace de su hija con un personaje que le era totalmente desconocido? ¿Había pues alguien que la creía sin voluntad, sin autoridad, sin decisión, y resignada á aceptarlo todo, fuese lo que fuese?

¡Cosa extraña! La presencia del marqués en aquellas circunstancias, precisamente cuando más falta le hacía, lejos de servirle de consuelo, de llevar á su ánimo la tranquilidad, aumentaba por el contrario sus aprensiones, acreciendo sus angustias.

La vieja Francisca, alarmada por el silencio de la marquesa, le preguntó solícita:

— ¿Sufrís acaso, noble dama?

— No, no, mi buena Francisca; estaba pensando... Dime una cosa: ¿has reconocido tú bien al marqués Jacobo cuando llegó esta mañana?

— Ciertamente, señora; tanto Peiragude como yo tuvimos el honor de besar su mano...

La marquesa la interrumpió.

— Es que diez años de cárcel acaban á un hombre hasta el punto de hacer un débil anciano del más brillante caballero. ¿Cómo habéis podido reconocerle al cabo de tanto tiempo?

— Permitid, noble dama. Nosotros lo hemos visto una vez al año.

— ¿Cómo así? — preguntó extrañada la marquesa.

— Sin duda; — afirmó Francisca. — Ni un solo año hemos dejado de acudir á la peregrinación de los Mínimos y al roble de San Luis. Acordaos, noble dama, que el roble está cerca de la fortaleza de Vincennes. Por eso hemos podido esperar cada año el día de la Pentecostés, y cerca de la torre, la hora del paseo del gran prisionero por la plataforma, y verlo así diez veces en el espacio de diez años.

— Bien, pero á esa distancia, fácil es confundir á un hombre con otro...

— No para nosotros, señora. Tenemos buena vista. Además, la voz no cambia...

— ¿Su voz es la misma, verdad? — insistió la marquesa.

— La misma.

¿Qué pensar? ¿Cómo triunfar de la duda, de la espantosa duda que se apoderaba cada vez más de su corazón y de su cerebro, á pesar de las palabras de Francisca? ¿A qué recuerdos menos generales, más precisos acudir para confirmar sus sospechas ó verlas desvanecidas?

Sus ojos enrojecidos por las lágrimas brillaron un momento.

— Supongo, — dijo — que ha dado gracias al Señor, según era en él costumbre, de hallarse frente á sus fieles servidores y que os ha saludado llamándoos por vuestros nombres...

La vieja Francisca inclinó la cabeza, en silencio.

— Como si lo oyera, — continuó Maria — habrá exclamado: « Loado sea Dios, buena Francisca, mucho

es lo que han crecido tus hijos. » Y á tu marido le habrá dicho : « Mi viejo Colomban, ¿podríamos aún correr los gamos á caballo como en tiempos que fueron, cruz de Cristo ? »

La vieja respondió con voz velada por la tristeza :

— Un poderoso señor, noble dama, no está obligado á conservar en la memoria unos cuantos nombres vulgares.

— No digas eso, Francisca ; ¿ cómo quieres que el marqués haya podido olvidarse de los Peiragude que sirvieron á sus padres, y á sus abuelos, y á sus bisabuelos ?... Tú no has servido más que á él y á su padre y no le has olvidado, me parece.

— La memoria de los señores... — comenzó á decir Francisca.

Pero la marquesa no la dejó acabar.

— Es tan buena como la vuestra ; sabe que ni un solo día he dejado de pedir á Dios por ti al mismo tiempo que por mi esposo.

— Vuestra señoría, — dijo la vieja emocionada — es una santa.

— Vengamos á mi pregunta ; — insistió la marquesa. — No la has contestado más que en parte, y la otra parte tiene también su importancia. Acuérdate bien ; ha jurado el gran marqués al acercarse á vosotros por la cruz de Cristo, según su costumbre ó bien pronunció el *¡ día de Dios !* que le es tan familiar ?

La buena mujer se santiguó.

— ¡ Ah, no, noble dama ! — dijo luego. — Si el amo ha jurado, lo hizo sin invocar el santo nombre.

— ¿ Por qué ó por quien juró entonces ?

— No lo recuerdo bien : Me parece que pronunció palabras como pobres diablos, santurrones, y otras por el estilo.

Descorazonada, incierta como antes, la marquesa se dejó caer de nuevo en la cama balbuceando entre sus dientes :

— Si no es él, como parece decirme mi corazón, ¿ quién ha podido prestarse á desempeñar ese papel infame ? ¡ Ah ! Mi cerebro enloquece... ¿ Qué creer, Señor, y qué pensar ?... ¡ Francisca !

— Señoría...

— ¿ Ha venido alguien después del medio día ?

— Ciertamente, señora. Han llegado don Mateo, vuestro capellán, y mi querida Pierrila, procedentes de Bonaguil.

— ¡ Más vale así ! — exclamó la marquesa. — Esos son fieles y abnegados como Cortansio, como los tuyos, como tú misma.

La vieja criada preguntó en el acto :

— ¿ Es que tenéis necesidad de hacer un llamamiento á nuestra lealtad ? ¿ Os amenaza acaso un nuevo peligro ?

— ¡ Quién sabe ! Pero tú no has comprendido bien mi pregunta. Lo que yo quiero saber es si durante mi corto sueño ha preguntado alguien por el marqués.

— ¡ Ah, bueno ! Pues sí, noble dama. El señor marqués ha recibido cuatro visitas. En primer lugar la del subintendente de Hacienda y del gran canciller...

— Tanto el marqués de O, como el de Villequier su

suegro son indiferentes; — dijo la marquesa. — ¿Quién más?

— También vino monseñor el obispo de Auch.

— Nuestro primo el cardenal de Armañac es un enemigo.

La vieja continuó.

— Tanto él como los otros dos estuvieron muy poco tiempo; en cambio el último visitante, un teniente de la policía recomendado por miss Huming, está aún con el señor.

— ¡Un polizonte! — exclamó con desdén la marquesa. — ¡Puach! ¿Su nombre?

— Me parece mucho que es Gaspar Mouvette.

— ¿Quién puede ser ese hombre? Algún espía de Catalina, sin duda. ¿Y mi hija?

— Completamente repuesta, noble dama. Hablando está con Pierrila en espera de las órdenes de vuestra señoría.

— Bien, Francisca; prevén á la señorita de Villanueva que puede pasar á verme.

— Allá voy, señora. Luego, con vuestro permiso, iré á cuidar el gigote de carnero y las tartas rociadas de cerveza que para su colación ha encargado el señor marqués.

Quando la vieja servidora se hubo retirado, la marquesa María, cuyo pulso era desordenado, levantóse deseando calmar un poco sus nervios y fuese hacia aquella de las ventanas de su cuarto desde la que podía verse en línea recta todo el cuerpo del edificio.

Como el cuarto de la marquesa se encontraba en el

ala oeste de la fachada posterior del Hotel, sus ventanas recaían por un lado al parque y al juego de pelota, y por el otro al ala este del edificio. En este segundo cuerpo, y también en el piso primero, hallábanse las habitaciones del gran marqués, separadas de las de su mujer por toda la anchura del Hotel.

La marquesa apoyó su frente calenturienta en el cristal de la ventana, y su mirada erró por la fachada fronteriza, estremeciéndose la enferma al ver las habitaciones de su marido, y extrañándose no poco al observar más tarde que por el parque corría un perro de lanas grises, husmeándolo todo, como si pretendiera familiarizarse con aquellós sitios para él desconocidos.

La puerta se abrió de pronto y en el umbral apareció Solange.

Hallábase aún un poco pálida por efecto de las emociones sufridas el día anterior, y por el recuerdo de la historia que le contara su madre; sin embargo, hubiérase dicho que una sonrisa juvenil se obstinaba en plegar la comisura de sus labios. Era que, libre de pesadillas, Pierrila acababa de recordarle todo su poético idilio de Bonaguil.

— ¿Me habéis hecho llamar, madre? — preguntó.

¡Madre! Raras eran en verdad las veces que Solange pronunciaba esas palabras.

La rígida observancia del debido respeto helaba entonces toda intimidad en los hogares nobles. Los hijos bien educados llamaban señor y señora á los autores de sus días. Sin embargo, como Solange fué causa de

recientes lágrimas vertidas por la marquesa, quiso hacerse perdonar pronunciando ese dulce nombre.

— Sí, te hice llamar, Ange; ven acá, — dijo llevándola hacia un sofá en el que ambas se sentaron. — Deseaba enterarme de cómo sigues.

— Yo soy la que debo pedir os noticias de vuestra salud, señora, — dijo la joven. — Veo en vuestros ojos huellas de lágrimas que no comprendo después de la dicha que tenemos... A menos que no se lllore también de alegría.

— Ange, — dijo la marquesa inclinándose al oído de su hija, — no es la alegría la que me ha hecho llorar.

Éra tan dolorosa la inflexión de su voz, que Solange hubo de alarmarse.

— ¡Es posible! — exclamó mirando en torno suyo. — ¿Mi padre no ha venido aún á veros? Hablad, señora.

La marquesa le puso la mano ante la boca.

— Calla, hija mía, — dijo, — y recuerda que no te es permitido juzgar la conducta de tus padres. Hablemos sin embargo, de cosas de familia. Supongo que están presentes en tu memoria las confidencias que te hice la noche última por lo que respecta á nuestras inmerecidas desgracias...

— Sí, señora; no es fácil que olvide historia tan triste. Recuerdo sobre todo que me dijisteis que en caso de que me faltarais, vos y mi padre, sólo me sería dado contar con tres amigos, tal vez con dos, porque Jacobo de Armañac no debe vivir... ¿Es que no habéis

oído hablar nunca más de ese de Armañac, madre mía?

— Jamás, Ange; afirmó la marquesa. — No es extraño; hasta la soledad de nuestra casa solariega de Agen no han llegado nunca los ruidos del mundo. Todo lo que sé de él es que, según me dijeron, rebelándose contra la suerte injusta que se cebó en él arrebatándole su mujer y su hijo, el conde Jacobo había hecho causa común con el partido hugonote, para vengarse de la reina Catalina á la que hacía responsable de su infortunio; y que apresado poco después con las armas en la mano, cuando la famosa matanza de Vassy, habíanlo condenado á remar en las galeras de Malta. De esto hace quince años. En las galeras se muere más aún que en una prisión.

— ¿Creéis pues muerto al conde Jacobo?

— No sé... á veces he dudado; desde hace poco, desde hace cinco años. Vamos á ver, Ange, ¿recuerdas la noche aquella en que los arqueros del abate de Montflanquin llevaron á Bonaguil á un pagano berberisco y á su hija...

— ¡Fiamma! ¡La pequeña Fiamma! — interrumpió Solange.

— Eso es, hija mía; pues bien, oye esto. Los arqueros encerraron al hombre en el calabozo más elevado del viejo castillo; y si no encerraron también á la niña que tenía tu edad sobre poco más ó menos, fué porque yo me interesé por ella y les supliqué que la dejaran. ¿Querrás creer que la pequeñuela se empeñó en leer las líneas de mi mano?

— A mí me anunció que moriría joven; — murmuró Solange.

— Predicción de la que no debes hacer caso, — dijo la marquesa — con tanto más motivo cuanto que queda destruída por lo que á mí me dijo.

— ¿Qué fué ello?

— Que tú te casarías con el elegido de tu corazón y que yo viviría entre vosotros dos. Ya ves. Pero hablemos en serio : ¿es posible admitir que lo porvenir, que solo á Dios pertenece, pueda ser descubierto por los que niegan la fe? Yo creo que no : y sin embargo... Verás : aquella misma noche, cuando todo dormía en el castillo, hubo de despertarme algo así como una caricia. Abrí los ojos y vi á Fiamma á mi lado, junto á mi lecho. — Vete á dormir le dije. Y ella me respondió : — Dormiré cuando Bar Cobral sea libre. — ¿Quién es Bar Cobral, pequeña? — ¿Quién ha de ser? mi amo. — Pero si está encerrado y con centinelas de vista... La chiquilla castañeteó la lengua y me dijo sonriendo. — Antes de enjaular al águila, noble dama, debieron cortarle las alas. Bar Cobral está ya lejos; pero antes de irse me ha ordenado que te dé esto en pago de tu hospitalidad... — Y puso un papel sobre la colcha, me besó la mano y se fué. Tan poca importancia concedí á todo aquello que me dormí de nuevo. Por la mañana me despertaron los gritos de los arqueros de Montflanquin. Como lo anunciara Fiamma, Bar Cobral se había fugado, no se sabe cómo, milagrosamente.

— ¿Y el papel? — preguntó Solange.

— Lo busqué con ansia; estaba allí. Creí cegar al

leerlo, por más de que en él no vi más que cuatro palabras : *Spes unica : cur non?*

¿Comprendes, Ange? *Spes unica*, mi única esperanza, la libertad de tu heroico padre... y *cur non?* porque no, la respuesta que constituye la divisa de Armañac.

¿Cómo habían podido avistarse los bohemios con el conde Jacobo? No lo sé, hija mía. Ello es que comprendí que entonces vivía aún y que se hallaba libre puesto que tuvo medios de hacer llegar hasta mí aquellas palabras atentadoras. Porque en fin, su mensaje era como una especie de compromiso que contraía conmigo. Yo así lo creí y he vivido esperando... Pero nada ha venido á afianzar después estas esperanzas. Y si tu padre está aún prisionero...

La marquesa de Villanueva-Marsan se interrumpió bruscamente, levantándose palpitante de emoción, trémula de ansiedad. Un ruido comparable al que produciría el pestillo de una cerradura al abrirse, acababa de resonar detrás de la pared cubierta con el tapiz de que hablamos y que representaba la *caza de San Huberto*.

— ¡Dios del Cielo! — exclamó la marquesa comprimiendo su corazón — ¿no has oído?

Hubo unos segundos de expectación horrible, de angustia infinita.

— Ange, — balbuceó la dama, cuya palidez se acentuaba : — ¿has oído tú un crujido? Contesta, hija mía; sácame de esta duda espantosa que si dura va á matarme.

— Sí, señora; — replicó la joven. — También á mí me ha parecido oír...

— Un ruido metálico, ¿verdad?

— Sí, como el que produce una cerradura que se abre ó se cierra... Pero sin duda nos hemos equivocado las dos, porque no puede haber una puerta detrás de ese tapiz, pegado como está á la pared.

Precisamente cuando acababa de pronunciar estas palabras, se reprodujo el misterioso ruido.

— ¡No me equivoqué! ¡No me equivoqué! gritó la marquesa abrazando á su hija con tal violencia que la pobre Solange estuvo á punto de caer. — ¡Sí, Dios se ha apiadado al fin de nuestro abandono! Él es quien nos envía la espada, la única espada que puede defender á estas humildes criaturas!... Oye, Ange, hija mía; ahí, tras ese tapiz, hay una abertura; una puerta cuya existencia solo él y yo conocemos... Si alguien llega por ese lado no puede ser nadie más que él, ¡tu padre! más aún que eso, ¡mi dueño y señor!

Solange estaba aturdida y miraba á su madre con profunda extrañeza, casi alarmada.

— ¿Te parece que estoy loca? — preguntó la marquesa que reía y lloraba á la vez. — Sí, me figuro lo que piensas : que tu padre regresó hace algunas horas, y que sin duda yo dudaba... No lo sé; yo misma no puedo decírtelo. Sólo sé una cosa : que mis lágrimas, mis sufrimientos, desaparecerán, se borrarán para siempre ante la primera de sus sonrisas.

Interrumpióse de pronto. Su mirada hizose indecisa.

— ¡Se fué! — gritó retorciéndose las manos con desesperación. — ¡Ah, Virgen santa de los Dolores! Ya no oigo nada... Se ha alejado... ¡Ya no volverá!

Lo cierto es que no se oía rumor alguno. La marquesa parecía anonadada. Mortal desaliento reflejábale en su rostro, contraído por movimientos convulsivos.

Asustada Solange en vista del cariz que presentaba la crisis, quiso acudir en socorro de su madre, pero ésta no le dejó el tiempo de hacerlo.

Obedeciendo á súbito impulso irresistible, se lanzó hacia la parte de la pared comprendida entre la ventana que abría en el ala este y la puerta de comunicación con el cuarto destinado á su camarista, que era precisamente el lado cubierto por la tapicería de alto lizo, rechazó con vigor sorprendente una pesada butaca, y con mano febril tocó el centro de la cruz milagrosa que el Primaticio colocara iluminada por un rayo de gloria, al dibujar su composición, entre los cuernos del ciervo perseguido por el santo montero.

El efecto fué inmediato.

Un gran rectángulo de tapicería montado con arte sobre un tablero de madera disimulado, se desprendió del conjunto hundiéndose en el espesor de la pared y dejando al descubierto la entrada de un corredor sumido en la obscuridad más completa.

Dió la marquesa algunos pasos en la sombra gritando con voz entrecortada por los sollozos :

— ¡Jacobó! ¡Esposo mío!

Nadie contestó.

Entonces alguien llamó á la puerta. La marquesa abandonó el corredor, hizo girar el tablero, que disimuló otra vez la entrada particular, colocó la butaca en

su sitio, y fué á abrir procurando dominar su terrible agitación.

Miss Huming penetró en la estancia.

Fué su primer cuidado el de pasear por todos los rincones una mirada escrutadora. Como no pudo descubrir nada anormal, se inclinó servilmente.

— El señor marqués — dijo — desea saber si puede presentarse.

Solange tenía aún uno de sus brazos pasado en torno á la cintura de su madre. Inclinandose hacia ella murmuró á su oído :

— Tranquilizaos, señora ; vais á verle al momento puesto que solicita de vos una entrevista.

Suspiró la marquesa, y señalando á la puerta, dijo á su vez también en voz muy baja :

— No esperaba verlo aparecer por ahí.

Luego, haciendo un visible esfuerzo, añadió en voz alta :

— El señor de Villanueva-Marsán es aquí el amo y yo su humilde servidora ; id á decirle que le espero ahora como en todo momento.

Acababa apenas de retirarse la inglesa, cuando agudos gritos lanzados en el parque obligaron á madre é hija á asomarse á la ventana.

El espectáculo que desde ella presenciaron tenía tanto de cómico como de extraordinario.

Armada de una escoba, la vieja Francisca perseguía á un perro de gris pelambreira, deshaciéndose contra él en toda suerte de improperios, mientras que el animal al que se dirigian los reproches procuraba

esquivar la persecución de que era objeto, aunque sin abandonar el magnífico gigote de carnero destinado á la cena del marqués y por él robado en la cocina.

Y he aquí que de pronto, el astuto animal, tomando á su vez la ofensiva, pasó como una centella por entre las piernas de Francisca, quien no preparada para el brusco ataque dió una voltereta indigna de su edad y de su sexo, y fué á caer de espaldas sobre el verde césped.

Cuando ahogada por la indignación pudo al fin levantarse, el perro habíase eclipsado.

Aprovechándose de la caída de la vieja, corrió hacia el hotel, y á la vista de la marquesa y de su hija inclinadas sobre el antepecho de la ventana, desapareció como un ratón por el último tragaluz de la cava que abría en el centro del basamento del ala oriental.

Habíase operado la desaparición del animal, siempre cargado con su apetitoso botín, con tan estudiada precisión, que madre é hija se miraron sorprendidas, tal vez pensando que la extraña conducta del animal encerraba algún misterio.

Habíase en esto levantado la vieja, y reparando que las dos damas presenciaban el espectáculo, hubo de preguntar, ardiendo aún en santa indignación :

— ¿ Por dónde se ha fugado ese maldito, noble dama ?

Iba Solange á responder, pero su madre la atajó diciendo :

— ¿ A quién te referes, mi buena Francisca ?

— Pues al maldito perro.

— ¿ Un perro ?... ¿ Estás segura de no haber visto

visiones? Demasiado sabes tú que en el Hotel no hay perros.

La vieja se santiguó, asegurando :

— En ese caso es Satán en persona quien se ha llevado la colación de monseñor.

No : Satán era ajeno en absoluto al robo del gigote, y la marquesa de Villanueva-Marsan no lo ignoraba. Si había alterado la verdad ocultando y favoreciendo la fuga del perro, era sencillamente porque dominada aún por la emoción que le produjera el ruido misterioso de poco antes, acababa de recordar que el corredor secreto tenía también salida, no menos secreta, á la cava del este. Invadir esta cava, ó permitir que la invadiesen, equivalía á cortar la retirada al presunto autor de los ruidos, en el caso de que no fueran alucinación de las dos damas. Por si acaso, la marquesa se decidió á mentir pládosamente.

XI

EL HERIDO

Poco más ó menos á la hora misma en que, aclamado por sus domésticos, el marqués de Villanueva reintegraba su hotel después de diez años de ausencia; á la misma también en que el rey de Thunes entraba como triunfador en la Corte de los milagros después de haber derribado y arrastrado por el fango la proclama real, una caravana compuesta de un jinete y dos personas á pie descendía la gran calle de San Dionisio.

Al doblar la esquina de la Truandería, uno de los peatones preguntó al otro, que caminaba del lado opuesto del caballo :

— ¿ Es aún muy lejos, barón ? Tengo para mí que al señor caballero se le va el alma.

— La tiene demasiado bien atornillada para que se le vaya tan fácilmente ; — dijo el otro. — Lo que hay es que esas heridas de arcabuz en el hombro son muy dolorosas... Ya no estamos muy lejos ; os llevo á la